

# Domingo XXIX Tiempo Ordinario

Éxodo 17, 8-13; Timoteo 3, 14-4, 2; Lucas 18, 1-8

*“¿No hará justicia a sus elegidos que le gritan día y noche?”*

*17 Octubre 2010 P. Carlos Padilla Esteban*

**“PROCLAMA LA PALABRA, INSISTE A TIEMPO Y A DESTIEMPO, REPRENDE, REPROCHA, EXHORTA, CON TODA PACIENCIA Y DESEO DE INSTRUIR”**

Me quedo con una frase de todas las que hemos escuchado estos días con el rescate de los 33 mineros chilenos: “*¡Están vivos, están vivos! ¡Milagro! ¡Gracias a Dios!*”. La oscuridad de 70 días acabó esta semana para estos mineros chilenos, que por fin pudieron ver la luz con un grito de alegría en muchos corazones. Es la alegría al ver la luz después de tanta oscuridad. El salmo hoy nos lo recuerda: “*El auxilio me viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra*”. La vida vence a la muerte. Y es que este final era difícil de prever cuando en agosto quedaron atrapados y durante 16 días no se supo nada de ellos. ¿Qué mantuvo firme la esperanza en esos días? Es verdad que la rutina ayudó a vivir todo ese tiempo. Cuando se cierran todas las puertas que llevan al futuro, sólo hay una forma de sobrevivir, empezar a vivir el presente. Es necesario hacer de la roca en la que viven un nuevo hogar en el que echar raíces: trabajaban en turnos de ocho horas, mantenían las horas de sueño, repartían bien la comida, se entretenían juntos y, sobre todo, tenían un líder que los conducía. Pero, sin duda, nada de esto hubiera sido posible si no se hubieran dado dos elementos fundamentales. El primero es el amor de los que nos quieren. Cuando nos encontramos en la oscuridad de un túnel en nuestra vida, sólo es posible seguir caminando si tenemos la esperanza del amor de aquellos que nos aman de verdad. El amor de los que nos esperan y creen en nosotros, es lo que nos conforta y anima. El amor sostiene la esperanza y hace que la rutina sea una fuente de vida. El amor acaba con el miedo y evita la desesperanza. Sin ese amor que constituye un motivo fundamental para seguir esperando, no hubiera sido posible creer. Sin embargo, junto a este amor humano tan fundamental, en el corazón de estos mineros se desató una lucha en la que venció Dios: “*Me peleé con Dios y el Diablo, y ganó Dios*”, decía uno de ellos. El mismo presidente Sebastián Piñera decía tres días después del derrumbe: “*La situación no es fácil y quiero hablar con la verdad: esto no está sólo en nuestras manos, sino en las manos de Dios*”. Cuando Dios está en el corazón, cuando la esperanza de seguir viviendo descansa sólo en Él, las cosas cambian. Las palabras de Jesús se hacen realidad en un acontecimiento como éste: “*¿No hará justicia a sus elegidos que le gritan día y noche?*” **Estos hombres gritaron día y noche y lucharon contra la falta de esperanza. Al final Dios triunfó en sus vidas. Su victoria ha permitido que comenzaran una nueva vida.**

Pensando en las injusticias de la vida, meditaba hace un tiempo sobre esta frase: “*Cada vez que, al crecer, tengas ganas de convertir las cosas equivocadas en cosas justas, recuerda que la primera revolución que hay que realizar es dentro de uno mismo, la primera y la más importante*”<sup>1</sup>. **LA PRIMERA REVOLUCIÓN EMPIEZA EN CASA, EN NUESTRO CORAZÓN QUE SE RESISTE AL CAMBIO.** Somos muy capaces de ver la paja en el ojo ajeno, el error en la actuación de los demás, la injusticia y el pecado en el mundo que nos rodea. Somos muy

<sup>1</sup> Susanna Tamaro. Del libro “Donde el corazón te lleve”

hábiles para exigirles a los otros la perfección y protestar cuando consideramos que las cosas no son justas. A todos nos gusta educar a los demás y caemos fácilmente en la crítica y el juicio. Somos perfeccionistas y nuestro perfeccionismo nos lleva a ver la botella medio vacía y a distinguir las manchas pequeñas sobre el mantel blanco. Nos hace exigentes y poco tolerantes. Hoy S. Pablo nos da luz: "*Permanece en lo que has aprendido y se te ha confiado, sabiendo de quién lo aprendiste y que desde niño conoces la sagrada Escritura; ella puede darte la sabiduría que, por la fe en Cristo Jesús, conduce a la salvación*". La primera revolución, en definitiva, no empieza fuera de nosotros, sino en nuestro propio corazón. Sólo han logrado transformar el mundo aquellos que han cambiado su vida y la han convertido en semilla de una nueva realidad, aquellos que han adquirido una sabiduría nueva, una nueva forma de vivir. Sabemos que el camino es la fe que hemos recibido, esa fe que nos enseña una nueva forma de ver la vida. Y continúa S. Pablo: "*Toda Escritura inspirada por Dios es también útil para enseñar, para reprender, para corregir, para educar en la virtud; así el hombre de Dios estará perfectamente equipado para toda obra buena. Ante Dios y ante Cristo Jesús, que ha de juzgar a vivos y muertos, te conjuro por su venida en majestad: proclama la palabra, insiste a tiempo y a destiempo, reprende, reprocha, exhorta, con toda paciencia y deseo de instruir*". Timoteo 3, 14-4, 2. Por eso, antes de juzgar y condenar, miremos si en nosotros hay algo en lo que debamos cambiar. Cambiémoslo y, entonces, sólo entonces, anunciemos la necesidad de ser fieles a Dios y a lo que nos pide. Nuestro testimonio será más fuerte y eficaz que nuestras palabras. La verdadera justicia comienza en nuestro interior; es necesario mirar **nuestras propias injusticias que nos alejan de Dios y de los hombres; miremos nuestros juicios que condenan, miremos nuestra maldad que no nos salva y nuestro egoísmo que no libera.**

**QUEREMOS AHORA DETENERNOS A CONTEMPLAR A MARÍA. Esta semana hemos celebrado la fiesta de la Virgen del Pilar:** "*Esa columna, sobre la que posa, leve sus plantas tu pequeña imagen, sube hasta el cielo: puente, escala, guía, de peregrinos*". Hemos celebrado a nuestra Madre. Ella colocó su pilar en tierra española y desde entonces ha querido reinar en medio de nosotros. "*Jué pequeña eres, pero qué influencia tan grande tienes!*" **dijo Juan Pablo II en una de sus visitas a la Virgen del Pilar y añadía:** "*Doy fervientes gracias a Dios por la presencia singular de María en esta tierra española donde tantos frutos ha producido.*" Los frutos los sigue produciendo siempre que el corazón del hombre se abre a su presencia y se deja tocar por Ella. Pero nos falta fe, como dice el Evangelio de este domingo: "*Cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?*" Nos falta la fe que tuvieron tantos hombres que hicieron suya la misión de llevar a Cristo a otras tierras: "*La fe que los misioneros españoles llevaron a Hispanoamérica es una fe apostólica heredada de la fe de los apóstoles, según venerable tradición que aquí junto al Pilar tiene su asiento*". Es la fe que hoy le pedimos a María. Ella sabe que nuestro corazón es débil y temeroso. Entiende que, como a Santiago, nos resulta difícil mantenernos firmes en la dificultad, ante las pruebas de la vida. Es la fe que hizo posible la Evangelización de muchos pueblos y logró que muchos corazones cambiaron de vida. Sólo porque la presencia de María fortaleció la fe de los que dudaban. Igualmente nosotros encontramos ese pilar en nuestro Santuario que fortalece nuestra fe. Decía el **P. Kentenich**: "*Hemos hecho una Alianza de amor especial con nuestra Madre y Ella, a su vez, una Alianza de amor con nosotros. Por eso estamos convencidos de que María está espiritualmente presente en medio nuestro*"<sup>2</sup>. **Esa certeza fortalece nuestra fe para enfrentar la vida, es nuestro pilar.**

**María "brilla ante toda la comunidad de los elegidos como modelo de virtudes"**, nos recuerda Juan Pablo II. Son las virtudes que Ella encarnó en su vida y que ahora logra que se hagan vida en nosotros: La fe y la dócil aceptación de la palabra de Dios; la humildad sincera; la caridad solícita; La seguridad en la esperanza; la fortaleza en el

<sup>2</sup> J. Kentenich, "Lunes por la tarde", 1 Julio 1962

destierro y en el sufrimiento; la pobreza llevada con dignidad y confianza en el Señor; el vigilante cuidado hacia el Hijo desde la humildad de la cuna, hasta la ignominia de la cruz; la delicadeza previsora; La constancia en el amor; el fuerte y casto amor conyugal. Tantas virtudes que quisiéramos vivir cada día. Tantas virtudes que nos ayudarían a vivir en la presencia continua de Dios. María nos enseña a ser dóciles y humildes, seguros y confiados, fuertes y constantes. Ella quiere tomar posesión de la tierra de nuestro corazón. Quiere fortalecer nuestra fe y alimentar nuestro amor. Dice el P.

**Kentenich:** “*Ella es la gran educadora. Logra nuestra transformación interior, el cambio en el alma; nos da una nueva forma y nos envía en medio del mundo para prenderle fuego*”<sup>3</sup>. María logra milagros de transformación, esos milagros que el mundo no consigue ver. Milagros que permanecen en lo oculto del corazón. Son los milagros que quiere que nosotros, con la fuerza de su Pilar, realicemos en nuestro mundo. Conseguir que el mundo arda por amor es lo que Cristo quería. Pero el fuego que hoy hay en el mundo es fruto del odio y de la guerra. Queremos que arda el fuego de Cristo. Un fuego que inflama el corazón y logra que desaparezca del alma el odio, la desesperación y la tristeza. **Es el fuego que nos da alas para soñar con un mundo nuevo en Cristo y María.**

**HEMOS HABLADO DEL PILAR QUE REPRESENTA MARÍA EN NUESTRAS VIDAS.** Ese pilar que nos permite elevarnos sobre la tierra y tomar distancia de todo lo que no quita la paz. Ese pilar que nos eleva para acercarnos más a Dios y alejarnos de tantas cosas que nos atan. Es también el pilar que nos da la fuerza para la lucha y nos hace mantener en alto el corazón. Es el sostén que nos viene de lo alto, como escuchamos en el salmo: “*Levanto mis ojos a los montes: ¿de dónde me vendrá el auxilio? El auxilio me viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra. No permitirá que resbale tu pie, tu guardián no duerme; no duerme ni reposa el guardián de Israel. El Señor te guarda a su sombra, está a tu derecha; de día el sol no te hará daño, ni la luna de noche. El Señor te guarda de todo mal, él guarda tu alma; el Señor guarda tus entradas y salidas, ahora y por siempre*” . Sal 120, 1-2. 3-4. 5-6. 7-8. Pero, al mismo tiempo, es el sostén que nos permite triunfar en la batalla cuando no dejamos que nuestro ánimo decaiga; así les sucedió a los mineros chilenos, que no bajaron el ánimo y lucharon siempre llenos de esperanza; de la misma forma Moisés vencía cuando no dejaba caer sus brazos durante la batalla. Para ello no le bastaban sus fuerzas. Necesitaba que otros sostuvieran en alto sus brazos: “*En aquellos días, Amalec vino y atacó a los israelitas en Rafidín. Moisés dijo a Josué: «Escoge unos cuantos hombres, haz una salida y ataca a Amalec. Mañana yo estaré en pie en la cima del monte, con el bastón maravilloso de Dios en la mano.*» Hizo Josué lo que le decía Moisés, y atacó a Amalec; mientras Moisés, Aarón y Jur subían a la cima del monte. Mientras Moisés tenía en alto la mano, vencía Israel; mientras la tenía baja, vencía Amalec. Y, como le pesaban las manos, sus compañeros cogieron una piedra y se la pusieron debajo, para que se sentase; mientras Aarón y Jur le sostenían los brazos, uno a cada lado. Así sostuvo en alto las manos hasta la puesta del sol. Josué derrotó a Amalec y a su tropa, a filo de espada” . Éxodo 17, 8-13. La solidaridad permite resistir en los momentos de oscuridad, tal como lo hicieron los mineros. Se apoyaron los unos en los otros y lograron vencer la desesperanza y la falta de fe. Necesitamos apoyarnos en la dificultad. Necesitamos de los demás para caminar. Pero, además, **María y el Señor son nuestro sostén, son los que mantienen nuestra mirada atenta y nuestra moral alta para la lucha.**

**HACE FALTA MUCHA FE PARA CONFIAR EN QUE DIOS ACTÚA, cuando las circunstancias son difíciles, cuando se ciernen los peligros, cuando estamos llenos de miedos.** Por eso Jesús recurre a una parábola para explicar cómo tenemos que actuar: “*En aquel tiempo, Jesús, para explicar a sus discípulos cómo tenían que orar siempre sin desanimarse, les propuso esta parábola: «Había un juez en una ciudad que ni temía a Dios ni le importaban los hombres. En la misma ciudad había una viuda que solía ir a decirle: "Hazme justicia frente a mi adversario."*”

---

<sup>3</sup> J. Kentenich, “Lunes por la tarde”, 21 Octubre 1962

*Por algún tiempo se negó, pero después se dijo: "Aunque ni temo a Dios ni me importan los hombres, como esta viuda me está fastidiando, le haré justicia, no vaya a acabar pegándome en la cara."* » Al comentar estos versículos, que van precedidos de los anuncios apocalípticos que les hace el Señor a sus discípulos, dice **S. Teofilacto**: *"Después que el Señor hace mención de estas penalidades y peligros, expone su remedio que es la oración asidua y premeditada"*. Y añade: *"Si la constancia ablanda al juez capaz de todo crimen, ¿con cuánta más razón debemos postrarnos y rogar al Padre de la misericordia que es Dios?"* Jesús nos anima a rezar sin desfallecer porque Dios no se olvida de sus hijos. **S. Juan Crisóstomo** comenta: *"Nunca niega sus beneficios a quien los pide e incita a los que oran a que no se cansen de orar. No desdeña lo que pides, no se hastía sino cuando callas"*. Sin embargo, es necesario rezar con mucha fe, como nos recomienda **S. Agustín**: *"Si la fe falta, la oración es inútil. La fe produce la oración y la oración, a su vez, la firmeza de la fe"*. La fe se alimenta de nuestra oración constante. La oración se hace fuerte si tenemos fe. Nos cuesta pensar que nuestra oración toca el corazón de Dios y puede traer cambios. Pensamos que de nada sirve nuestra oración, que estamos predestinados y que nada puede cambiar la realidad. Nos equivocamos. **Dios siempre escucha nuestra oración, Dios es fiel y actúa.**

**DIOS ES EL DIOS DE LA MISERICORDIA QUE SE ACUERDA DE NUESTRA NECESIDAD:** *"Y el Señor añadió: «Fijaos en lo que dice el juez injusto; pues Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos que le gritan día y noche?; ¿o les dará largas? Os digo que les hará justicia sin tardar. Pero, cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?» Lucas 18, 1-8.* Eso sí, necesita nuestra fe para actuar. Nuestra fe es siempre la condición previa. Sin embargo, pedimos sin fe. Dios conoce nuestro corazón, porque *"la palabra de Dios es viva y eficaz; juzga los deseos e intenciones del corazón"*. Dios sabe lo que vive en nuestro corazón. Sabe la pureza de nuestras intenciones cuando nos dirigimos a Él suplicando. Conoce mejor que nosotros lo que nos conviene. Pero no sabemos pedir bien. Y por eso nos cuesta entender que Dios no haga caso de nuestras súplicas. Sin embargo, Dios es misericordioso y hace justicia siempre. Para el pueblo de Israel cuando Dios hacía justicia con el hombre, era cuando daba plenitud a la promesa escrita en la Alianza sellada con su pueblo. Aunque nos cuesta entenderlo, su justicia nos lleva hacia la plenitud. Sus caminos nos son nuestros caminos y muchas veces nos parecerá que Dios se ha olvidado de nosotros. Pero Dios tiene misericordia y se compadece del pobre. Somos sus hijos necesitados que suplicamos sin saber muy bien lo que pedimos, como nos lo explica muy bien **S. Agustín**: *"En aquellas tribulaciones que pueden ocasionarnos provecho o daño no sabemos cómo debemos orar; pues como dichas tribulaciones nos resultan duras y molestas y van contra nuestra débil naturaleza, todos coincidimos naturalmente en pedir que se alejen de nosotros. Sin embargo, por la paciente tolerancia de estos males, esperamos obtener bienes mayores y así la fuerza se realiza en la debilidad"*. Pedimos lo que creemos que es mejor para nosotros. Pero la fe que se nos exige no es la que nos hace pensar que se cumplirá lo que pedimos; más bien es la fe que nos hace creer siempre en la omnipotencia de Dios; la fe que no duda de su amor y de su misericordia; **la fe que persevera en los momentos en los que Dios guarda silencio, no para confundir nuestra débil condición, sino para mostrarnos el camino de la fidelidad en la oscuridad más absoluta.**

**DIOS QUIERE QUE LE SUPLIQUEMOS POR AQUELLO QUE NOS AFLIGE.** Pero sólo quiere que le pidamos lo que nos quita la paz en ese momento, en el presente. Decía **S. Juan Crisóstomo**: *"Sólo debemos fijarnos en una sola petición sensible, aquella por la que seamos afligidos en el presente"*. La oración del Padrenuestro nos hace mirar nuestro día y suplicar lo que precisamos. Se trata de peticiones concretas, de aquellas que inquietan el corazón. Es humano, el corazón desea la plenitud que sólo Dios nos regala, sin embargo, en el camino, se queda prendado de la belleza que posee aquello que nos rodea. Nuestra petición entonces está cargada de presente, de amor concreto, de pertenencias limitadas. Es la petición de una libertad inminente de los mineros chilenos, oración pronunciada

con frecuencia estos dos últimos meses. Es la petición ante la crisis que nos produce inseguridad, o ante la enfermedad de seres queridos. Es el miedo a que la vida se nos escape de las manos y nuestros planes queden frustrados para siempre. No obstante, el corazón sigue insatisfecho, porque está hecho para Dios, porque no descansa hasta que vive en Él. Entonces, nuestra petición no puede ser ya sólo esa petición concreta de cada día. Dios desea para nosotros la verdadera santidad; desea que pidamos lo que de verdad nos va a dar la paz eterna. Y sabemos que, al avanzar en el camino de nuestro crecimiento en la santidad, nuestra oración se tiñe de anhelo de plenitud. Ya no se queda enredada en los árboles del bosque. Sube, asciende, sin límites, casi infinita aunque haya brotado de un corazón finito. Dice **S. Agustín**: “*Quien pide al Señor la vida dichosa de la gloria, y esa sola cosa busca, éste pide con seguridad y pide con certeza, y no puede temer que algo le sea obstáculo para conseguir lo que pide, pues pide aquello sin lo cual de nada le aprovecharía cualquier otra cosa que hubiera pedido*”. Queremos aprender a pedir lo que no poseemos, a desear lo que casi no soñamos, a anhelar lo que se nos presenta como inalcanzable. Nos parece imposible tocar el cielo y, sin embargo, pedimos acariciar las nubes. Como si fuera ya nuestra la vida eterna, como si quisieramos retener entre los dedos la vida que no poseemos y se nos escapa sin darnos cuenta. Comenta el **P. Kentenich**, hablando de la oración: “*El arte y la sabiduría de nuestra tarea consiste en discernir la correcta elección entre los bienes verdaderos y los aparentes*<sup>4</sup>. **Nos cuesta mucho distinguir ambas realidades y nos quedamos atados a la apariencia de aquellos bienes que no calman la sed.**

**ORAR SIGNIFICA ADENTRARNOS EN EL CORAZÓN DE DIOS Y, EN EL SILENCIO, ESCUCHAR SU QUERER.** Decía **Santa Teresa**, a quien hemos celebrado esta semana: “*Lo que necesitamos es unirnos totalmente a la voluntad de Dios de forma que se haga una con la nuestra y así, liberarnos de todo lo terreno que pretende esclavizarnos. Cristo sabe todo lo que ganamos cuando servimos así a su Padre, haciendo su voluntad. De esta forma llegamos a beber del agua viva del pozo*”. Pedimos por lo que nos inquieta y suplicamos que su voluntad sea la nuestra. Porque nos sabemos pedir lo que realmente nos conviene y porque Dios siempre quiere nuestro bien aunque nos cueste entenderlo. Hay acontecimientos que nunca seremos capaces de entender en el camino. Muchas veces, mirando hacia el pasado, entendemos sucesos que, en su momento, nos resultaban incomprensibles. Lo mismo pasará cuando, en el cielo, contemplemos en la luz de Dios toda nuestra vida. Entenderemos lo que hoy consideramos injusto, duro o no deseable. Por eso es fundamental vivir con la actitud que siempre tuvo el **P. Kentenich**: “*Usted cree que sufrió muchas y enormes desilusiones en mi vida. Es un gran error. Cuando uno se dispone a no esperar nada y a regalarlo todo, la vida se llena de sorpresas*”. Así es como queremos vivir siempre. Queremos avanzar sin esperar nada, pero deseándolo todo. Con la libertad de los niños que viven en el presente. No obstante, la pregunta de Jesús nos toca especialmente: “*¿Encontrará esta fe en la tierra?*” ¿Tenemos la fe necesaria para confiar y creer en su poder? Quisiéramos caminar con la paz del pobre, que nada teme perder porque nada posee. No queremos atarnos a esta vida que se desliza fugazmente ante nuestros ojos. El anhelo de nuestro corazón es llegar a vivir sin pretensiones, sin apegarnos a nuestros propios deseos. **Confiado con la confianza de los niños, que lo suplican todo y creen en el poder de un Dios que los ama.**

---

<sup>4</sup> J. KENTENICH, *Estudio sobre la oración*, 269